

# Conferencia pronunciada el 29 de enero de 2009, en el colegio CEU San Pablo de Claudio Coello<sup>1</sup>

[Al comienzo del acto, y como muestra de agradecimiento a monseñor César Franco por su paternidad con el Colegio CEU San Pablo Claudio Coello, el alumno Fernando Bonete interpretó los movimientos *Preludio, Loure y Gavotte en Rondeau* de la pieza musical Partita número 3 en Mi Mayor para violín solo de J. S. Bach].

*José Francisco Romo:*

Con ocasión de las celebraciones del bimilenario del nacimiento del Apóstol san Pablo, tenemos la suerte de contar con la presencia de Monseñor D. César Franco, obispo auxiliar de Madrid y consiliario de la Asociación Católica de Propagandistas y un gran estudioso de la figura de san Pablo.

Queremos pedirle que nos ayude a comprender quién fue y qué importancia tuvo san Pablo en su tiempo, qué ha significado en estos dos mil años de historia y cuál es el atractivo que tiene para el hombre de hoy.

*César Franco:*

Muchas gracias. En primer lugar, quiero dar las gracias a este joven, Fernando, porque es una prueba de que Dios existe, tanto por la interpretación que ha hecho como

---

<sup>1</sup> En el texto de la transcripción que ahora presentamos hemos querido mantener el estilo oral de la conferencia pronunciada por el Excmo. y Rvdmo. Sr. D. César A. Franco.

por la obra que ha interpretado. Se ha dicho que Bach lloraba cuando componía *La pasión según san Mateo*. Es el mejor regalo que me han hecho en mi vida, porque además lo ha preparado para mí, así que muchas gracias por este detalle.

Cuando me dijeron que hablara de san Pablo, me agradó mucho porque para un obispo —en cuanto sucesor de los apóstoles— hablar de san Pablo es un honor y, particularmente para mí, que tuve la suerte de estudiar en Jerusalén, en la escuela de los padres dominicos, justamente en el lugar donde lapidaron a Esteban y donde Saulo de Tarso se hallaba presente según dice san Lucas: «los testigos depositaron sus mantos a los pies de un joven llamado Saulo» (Hch 7,58). De manera que hablar de Saulo de Tarso o de san Pablo es para mí un verdadero honor.

Al preguntarme cómo podía hablar sobre estas tres cosas que me han pedido —*Pablo en su tiempo, Pablo en la historia del cristianismo y Pablo hoy*— me lo he imaginado como un drama en tres actos.

El primer acto es Pablo que habla de sí e intentaré ponerle voz a Pablo; el segundo acto, ¿qué dice la Iglesia de Pablo?, ¿qué ha ocurrido en los años de catolicismo, de cristianismo?; y el tercer acto, ¿qué puede decir hoy un sucesor de los apóstoles, que soy yo, a los jóvenes, que no sé que idea tenéis de san Pablo? Cuando he ido en visita pastoral a las parroquias y he preguntado qué saben de Pablo, algunos no saben ni que fue derribado del caballo, o que se convirtió cayéndose de un caballo cuando Cristo se le apareció en el camino de Damasco, lo cual supone la enorme incultura religiosa en la que nos movemos, porque cuando contemplan, por ejemplo, un cuadro como *La conversión de san Pablo* del

gran Caravaggio o de otros grandes pintores no sabrán comprender la escena.

Si hoy estuviera san Pablo aquí diría más o menos: «Yo no soy digno de llamarme apóstol porque yo perseguí a la Iglesia de Cristo y la perseguí con todas mis fuerzas, por eso no soy digno de que me llamen apóstol; pero lo soy, aunque sea el último, pues como un aborto, como si fuera un aborto, Cristo se me apareció a mí». Esto diría san Pablo porque lo dicen sus escritos. No voy a citar las cartas para no aburrirlos, pero con esto que dice Pablo nos recuerda dos cosas fundamentales: qué era antes de encontrarse con Cristo y qué fue después.

La primera noticia que tenemos de san Pablo nos la da Lucas en el libro de los Hechos de los Apóstoles cuando describe la lapidación del diácono de la Iglesia, Esteban, por sus ataques a la Ley y al Templo. Se nos dice que los que le lapidaban dejaban sus mantos a los pies de un joven llamado Saulo, un joven que entonces tendría entre quince y veinte años, según se sitúe el año de su nacimiento, que es una cuestión difícil. ¿Y, por qué ponían los mantos a los pies de este joven? Porque posiblemente fue uno de los que acusó a Esteban de que predicaba contra el Templo y contra la Ley, las dos cosas más graves que se podían hacer en el judaísmo: criticar al Templo y criticar la Ley. Y por eso, a los pies de Saulo dejaban los mantos mientras tiraban piedras y Esteban moría lapidado.

Pablo nació en una ciudad extraordinariamente hermosa e importante del imperio romano, Tarso de Cilicia. Después de Roma y Antioquía era una de las grandes ciudades del imperio. En ella había vivido el gran orador Cicerón; allí llegó la hermosa Cleopatra, y tuvo lugar el encuentro con Marco Antonio que quedó prendado

de ella. En esa ciudad cosmopolita, cruce de culturas, san Pablo había crecido en una familia judía, oriunda de la Galilea donde Jesús pasó los años de su infancia, juventud y madurez.

Los judíos formaban, en las ciudades fuera de Palestina, lo que se llama la diáspora, una comunidad, un grupo que vivía conforme a la Ley, y allí se educó Pablo. A los cinco años fue a la escuela y empezó a aprender la Ley de memoria como buen fariseo. Es lo que quiere decir cuando afirma «soy hebreo, hijo de hebreos, fariseo». Los fariseos eran un grupo muy importante del judaísmo que cumplían estrictamente la Ley, con muchísimos preceptos, y que vivían sobre todo aferrándose a la tradición de sus padres. Los padres no eran sólo el padre y la madre según la carne. Padres, en Israel, eran los grandes antepasados y maestros de la Ley que la interpretaban con autoridad.

Cuando cumplió aproximadamente los trece años, edad de la mayoría de edad religiosa —recordad cuando Jesús sube al Templo de Jerusalén—, a Pablo lo envían a estudiar a Jerusalén, a la escuela de un gran rabino, Gamaliel, uno de los grandes maestros de la Ley. Este maestro fue el que, en los comienzos del cristianismo, afirmó que, si el cristianismo era cosa de Dios, saldría adelante; de lo contrario, se hundiría. Por ello, no merecía la pena perseguir a los cristianos, y pidió tolerancia para ellos. O sea, era un hombre abierto, generoso, muy prudente. A los pies de ese hombre tan prudente san Pablo se dedica al estudio y aprendizaje de la Ley.

Aproximadamente dos años antes de la muerte de Esteban, Jesús había muerto y resucitado en Jerusalén y los apóstoles comenzaron a predicar el Evangelio originándose así el nacimiento de la Iglesia. Cuando la

Iglesia empieza a crecer y a desarrollarse, Pablo —fijaos la autoridad que tendría en el judaísmo siendo aún tan joven— recibe cartas para ir a perseguir a los cristianos ni más ni menos que a la ciudad de Damasco. ¿Qué había pasado? Cuando mataron a Esteban muchos salieron huyendo de Jerusalén por miedo a seguir su misma suerte. Se diseminaron por Perea y las regiones cercanas de Palestina. Y Pablo recibe cartas para ir a Damasco con la finalidad de perseguir y encarcelar a los cristianos. Fue en el camino de Damasco, posiblemente un poco antes de entrar en Damasco, cuando tiene lugar lo que se ha llamado la conversión de san Pablo. Él mismo cuenta que una luz muy poderosa del cielo le ciega, cae del caballo, y escucha una voz que le habla en su propia lengua materna. Pablo, como hijo de hebreos, hablaba el arameo, que era el dialecto común. Había estudiado el griego, podía predicar en griego, como sabemos, y escribir en griego, pero su lengua materna era el arameo y escucha una voz aramea que le dice: «Saúl, Saúl (su nombre judío), ¿por qué me persigues?». Pablo le contesta: «¿Quién eres, Señor?». Y la voz le dice: «Yo soy Jesús a quien tú persigues. Levántate, entra en Damasco que yo te diré lo que tienes que hacer». Pablo se levantó y, ayudado por los suyos, entró en Damasco, y fue a casa de un tal Judas, no Judas el Apóstol (el nombre de Judas en Israel es muy común), y allí tuvo lugar el encuentro con un anciano, Ananías, que tenía un miedo tremendo cuando recibe de Dios el mandato de bautizarle, dado que sabía su condición de perseguidor de los cristianos. Pero lo acoge, lo bautiza y le dice que ha recibido el mandato de bautizarle para que sea apóstol de las gentes y predicador del Evangelio, ya que se ha encontrado con Jesús, el Justo que vive. Al bautizarse se le cayeron una especie de escamas de los ojos —Lucas era médico y sabía muy bien lo que describía— y recuperó la vista.

¿Qué ha pasado? Que Pablo ha tenido la experiencia tremenda del encuentro con Jesús, el Resucitado, al que él en realidad no perseguía, pues le daba por muerto. Perseguía a los cristianos y, de repente, descubre que el hombre que considera muerto, está vivo. Y toda la vida de san Pablo, toda su existencia no consiste en otra cosa que en afirmar que Jesús está vivo y que él lo ha visto y ha sido llamado para ser su apóstol. Desde ese momento hasta su muerte, la vida del apóstol san Pablo no es más que anunciar a Jesús, hablar de Jesús, comunicar a Jesús, predicarlo. De manera que dirá, cuando escribe a una de sus comunidades más queridas, la comunidad de Filipos: «Todo lo que yo era antes no es nada comparado con lo que soy ahora. Y todo lo tengo como si fuera basura, pérdida, con tal de llegar al conocimiento de Cristo Jesús». ¿Qué quiere decir san Pablo? Que su vida tiene un antes y un después.

Algunos han querido decir que lo que ocurrió en el camino de Damasco es una fábula, o pura invención. Cuando no se quiere admitir a Dios, ocurre lo que decía Chesterton: que uno se inventa sus propios ídolos. Hace unos días, hablando con un joven le preguntaba: «¿Tú crees? Yo sí, sí creo. Pero ¿en qué crees? No, pues en un dios que yo me he hecho. ¡Ah!, qué suerte tienes en poder hacerte un dios y además hacértelo a tu medida y adorarlo». Cuando uno no cree en Dios, se hace sus ídolos: el dinero, el bienestar, la fama, la política —lo que quiera— el placer, el sexo, etc. Da igual, lo que sea, pero se pone su ídolo y le adora. Cuando uno no quiere creer en lo sobrenatural, se inventa cosas para explicar lo sobrenatural.

¿Sabéis lo que se ha dicho del acontecimiento de Damasco? Que san Pablo tuvo una insolación tremenda bajo el sol abrasador del camino desde Jerusalén a Da-

masco y quedó perturbado. Por eso creyó que había visto a Jesús resucitado. Otros dicen que fue una alucinación, que le llevó a ver a Jesús como si estuviera vivo. Pero, según la psiquiatría, en una alucinación no se ve aquello en lo que no se cree. Si yo creo en algo, es posible que en una alucinación lo vea. Pero san Pablo no creía en Cristo, es más, pensaba que estaba muerto. Pensar que una alucinación te hace ver algo en lo que no crees es algo inconcebible desde la ciencia psiquiátrica.

Otros dicen que tenía tantos remordimientos en el corazón por haber sido culpable de la muerte de Esteban que el complejo de culpa le hizo creer en Jesús. En definitiva, se trata de interpretaciones para no aceptar que en el camino de Damasco un acontecimiento sobrenatural cambió la vida de Pablo.

Podemos preguntarnos: ¿Hasta qué punto le cambió? Hasta el punto de que todo aquello en lo que había creído san Pablo empieza a pasar a un segundo plano, a perder relieve. ¿En qué había creído san Pablo? En que para salvarse uno tenía que cumplir todos los preceptos y prescripciones de la Ley que ascendían a varios centenares, de los que Jesús habla en el Sermón de la montaña. Para salvarse, según la Ley mosaica, había que circuncidarse, ser perfecto mediante la práctica de dichos preceptos, vivir de modo intachable, etc. San Pablo recibió de sus mayores esta enseñanza y tradición, tuvo que aprenderse de memoria, dado que aspiraba a ser maestro de la Ley, todo lo que prescribían las normas establecidas por la tradición, que se trasmitían de forma oral, además de la Ley escrita. En las escuelas había que aprenderse de memoria lo que decía un determinado libro de la Escritura o cómo lo comentaban los diversos maestros según las escuelas a las que pertenecían. Es

como si yo os preguntara ahora lo que dice Mateo 5,29. Un discípulo que aspiraba a ser maestro tenía que saber contestar y citar con exactitud las palabras del texto enunciado. Pablo se ha educado en este ambiente que podríamos llamar «legal». La Ley de Moisés era la norma de la conducta.

De repente, san Pablo se encuentra con Cristo y se da cuenta de que el único que puede salvarle es Cristo, que ha muerto y ha resucitado por él. Y que la salvación no le viene de las cosas que hace, sino de Cristo que le ama y ha dado la vida por él. Por eso llegará a decir «Cristo me amó y se entregó por mí». Y cuando escribe a su gran amigo Timoteo, fijaos qué cosa tan maravillosa le dice —aunque yo hago un salto ahora porque esto es lo que san Pablo significa para hoy—: «Es cierta y digna de tenerse en cuenta esta afirmación: que Cristo Jesús vino al mundo para salvar a los pecadores, de los cuales yo soy el primero. Mas por esto conseguí la misericordia, para que en mí mostrase Jesucristo toda su bondad y sirviera de ejemplo a los que habían de creer en Él».

*¿Qué dice Pablo a vosotros hoy, jóvenes?* Que él es un ejemplo de lo que Dios quiere hacer con cada uno de vosotros. Es como si os dijera: «Así como yo tuve la suerte de conocerle y de que me perdonara todos mis pecados, así quiere hacer con vosotros y con todos los hombres de nuestro tiempo». Por eso san Pablo —que hasta que se convierte había dicho que la salvación venía de la Ley, y de la observancia de todos sus preceptos— de repente cambia y dice: «sólo nos salva Cristo, la fe en Él, en el amor que nos tiene, al que nosotros debemos responder con nuestra adhesión personal y total». Esto no significa que nos crucemos de brazos, como piensan algunos, como si el amor estuviera reñido con la observancia de



los mandamientos y de la Ley de Dios. Es cierto que la Ley no tiene capacidad para salvar, porque es letra muerta. Pero existe la *ley del amor*, la nueva Ley que nos da Cristo, que perfecciona la antigua y que se resume en el mandamiento nuevo del amor.

Cuando la gente me pregunta ¿cuál es el mandamiento más difícil de cumplir? Yo siempre digo que es el primero. ¡Ah! ¿no es el sexto, el del sexo? No. Lo que pasa es que a los que les cuesta el sexto es que no han oído ni el primero, porque el primero es: «Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, con toda tu alma, con todo tu ser, con todo tu cuerpo». Quien cumple ese cumple los demás. Pero, sin el primero, no se cumplen los demás, ni el segundo ni el tercero. Cuando se ama a Dios, se respeta su nombre santo, se ama a los padres con entrañas de misericordia, y uno aprende a amarse a sí mismo, a respetar su cuerpo, a decir siempre la verdad.

En realidad esto es lo que quiere decir san Pablo cuando afirma: «Cristo me amó y se entregó por mí». Y de aquí se sigue lo que afirma en otro lugar: «yo corro detrás de Cristo, yo voy detrás de Él, por ver si logro alcanzarlo. Sé que nunca llegaré a alcanzarlo, pero yo corro y me olvido de lo que está detrás para llegar a la meta». Y vaya si corrió san Pablo. ¿Sabéis cuantos kilómetros se hizo a pie a lo largo de su vida? Lo digo para que no nos quejemos cuando nos cueste hacer algo. Los que sois catequistas, o hacéis algo en vuestras parroquias —si es que hacéis algo, porque a veces hacemos muy poco— tened siempre presente que se calcula que san Pablo hizo en sus viajes apostólicos alrededor de quince mil kilómetros. La distancia que hay desde Madrid a cualquier parte de Australia. A pie atravesó la cordillera del Taurus, al sur de Turquía, y lo hizo con nieve. Cómo sería que su mejor

amigo, Bernabé, le deja solo. No se atreve. Entra en la zona más difícil de Turquía, la Galacia. Los gálatas tenían fama de ser gente muy ruda.

Cuando san Pablo cuenta lo que tuvo que padecer por Cristo —esto debe animaros en momentos bajos —dice: «Cinco veces recibí de los judíos los cuarenta azotes menos uno. Tres veces fui azotado con varas; una vez lapidado; tres veces naufragué; un día y una noche pasé en alta mar. Viajes frecuentes; peligros de ríos; peligros de salteadores; peligros de los de mi raza; peligros de los gentiles; peligros en ciudad; peligros en despoblado; peligros por mar; peligros entre falsos hermanos; trabajos y fatigas; noches sin dormir, muchas veces; hambre y sed; muchos días sin comer; frío y desnudez» (2Cor 11,24-27). ¿Por qué sufrió todo esto san Pablo? Por un amor único y apasionado a Cristo, a quien había visto resucitado: Fue esta visión la que le hace considerarse apóstol y enviado suyo: ¿No soy yo apóstol? ¿No he visto al Señor?, se preguntaba. Para ser apóstol, en efecto, había que haber visto a Jesús, y parece ser que san Pablo no lo conoció físicamente. Pero lo vio resucitado y por eso dará testimonio de que lo vio y recibió de Él la misión de predicar el Evangelio. Así se explican sus viajes apostólicos, recorriendo quince mil kilómetros —por Turquía, Grecia, Macedonia, la antigua Yugoslavia—, y posiblemente España. Son muchos los que aceptan que Pablo llegó a Tarragona. Esta entrega al anuncio del Evangelio no es más que una forma de expresar y agradecer a Cristo el haber entregado la vida por él.

Mirad, jóvenes, si vosotros no llegáis nunca a entender esta verdad tan sencilla, *Cristo ha muerto por mí*, nunca seréis cristianos. Estaréis bautizados, iréis a Misa el domingo —no sé con qué atención—, cumpliréis, a lo